



Aun estando normales las comunicaciones hubiera tardado dos días por la vía de Sigüenza y él tenía prisa en llegar; interceptadas las carreteras por la nieve solo quedaba el recurso de atravesar toda la Sierra del Ducado a caballo hasta Mazarete o Aragoncillo y seguir desde aquí a la capital del antiguo Señorío. En lugar de la yegua siguió el consejo de mi tío Antonio Serrada quien le cedió una buena mula como animal mas resistente para malos caminos y bajas temperaturas; ninguno del pueblo se determinaba a acompañarle como

espolique dado lo peligroso y largo del viaje, hasta que se brindó el intrépido y mala cabeza de Juanillo Cerrato al que por tal motivo y no obstante sus defectos conservó mi madre gran afecto durante toda la vida; apenas amaneciera, con el campo blanco, la temperatura glacial y la nieve cayendo en gruesos copos, tomaron mi padre y Juanillo el camino de Canredondo que es el primer pueblo de la sierra.

Qué mortales días pasamos todos. Si nevaba y nevaba sin cesar en Ruguilla que es pueblo relativamente abrigado, qué sería en la sierra. Lloraba mi madre por el hijo que suponía muerto y por su esposo, que quizá había perdido también la vida en el camino, sin poder salvar al hijo de sus entrañas. Llorábamos los chicos viendo la pena de mi madre a quien nadie podía dar noticias alentadoras. De la mañana a la noche entraban y salían gentes del pueblo en nuestra casa para preguntar y hacer compañía a mi madre, siempre con lágrimas en los ojos sentada junto a la lumbre del hogar; allí estaban un rato con la cabeza baja en silencio, para marchar al fin luego de despedirse todos con las mismas palabras: "Doña Amalia, tenga esperanza en Dios que tó lo puede".

Pasaron dos días sin noticias, pasaron tres, pasaron cuatro y más; seguía nevando fuera; seguía el llanto de mi madre y el nuestro dentro de la casona que parecía un cementerio. Así seis días. Cada dos o tres horas algunos hombres se acercaban hasta la Puerta de Ruguilla, junto a la cuesta de la Sierra por si veían regresar a los viajeros; hubo quien se adentró tres leguas hasta Canredondo a ver si allá sabían algo, volviendo aterido y desalentado. Nada. Ya creíamos a mi padre y Juanillo muertos, cuando al caer la tarde de ese día sexto llegó a casa un tropel de gente y en medio los viandantes pálidos, desmadejados, mas muertos que vivos, con señales de agotamiento físico y de honda pena en el rostro.

Confiaba en llegar mi padre a Molina la noche del día en que emprendieron la marcha, luego de doce horas de camino, pero mas allá de Canredondo ya les fue imposible orientarse pues nevaba sin cesar, no se veía alma viviente y todo el campo estaba blanco por igual; borradas trochas y caminos, con dificultad llegaron a Esplegares, ya anochecido, y a la mañana siguiente tornaron a caminar hacia Cobeta para ir más derechos aunque por sitios menos conocidos, con nieve en el suelo más la que caía incesante y un frío atroz en aquellos campos cuya altura media es de mil trescientos metros sobre el nivel del mar. Pronto se desorientaron sin encontrar siquiera un pastor que les guiara. Seguían cayendo los copos y soplando la ventisca